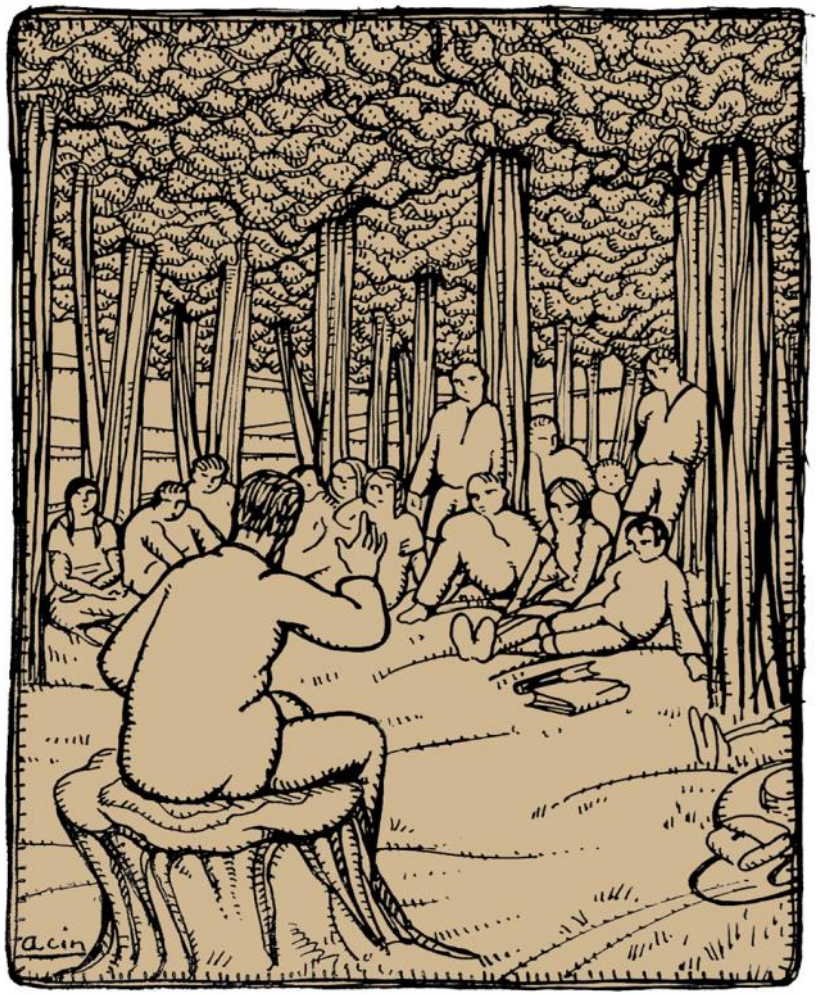
Con cursiva del diez. Recuerdos amables



Dibujo de Acín (ha. 1922) para la campaña de fomento del árbol

Ramón Acín

23 de enero de 1916. *El Diario de Huesca.* (Id. web: ap157).

Acín comienza este año a dar clase en calidad de interino en la Escuela Normal de Huesca, lo que le lleva a evocar a uno de sus profesores del Instituto en el curso 1906-1907. El Centro se crea con el Plan Pidal de 1845 y, hasta la segunda década del siglo XX, será exclusivamente masculino. Al carecer la capital de colegios privados, los distintos segmentos de las clases medias cursarán allí sus estudios en un régimen basado en la clase magistral y el libro de texto. Un artículo del reglamento vigente en 1910 nos da la pista acerca del concepto de disciplina vigente: "Los alumnos serán vigilados constantemente y se les prohibirá que fumen y pronuncien palabras de mal sentido y que levanten la voz exageradamente, exigiéndoles que se descubran al encuentro de cualquier Catedrático, auxiliar o ayudante del Claustro".

A don Pablo Soler, con mucho cariño.[1]

Lea usted, maestro, estos renglones que van copiados de un periódico; luego de ellos vendrá el momento que tales líneas hácenme traer a colación. Es un recuerdo de uno de los mayos que llevo enterrados; se trata de exámenes y usted carga con no escasa parte en el hecho que con toda prisa narraré para ahorro de cansancio en su lectura, aunque todo fatiga, pude haber ahorrado, pues nadie me obligó a meterme en escrituras, tanto menos con la agravante de las dedicatorias.

[1] Juan Pablo Soler Carceller ejerció de catedrático de Agricultura en el Instituto desde 1905 a 1921, siendo el director del mismo entre 1908 y 1919. Cuando tomó posesión, renovó el utillaje y la metodología del observatorio meteorológico con el que contaba el Centro.

Así dice la noticia:

“El gran duque Nicolás, generalísimo ruso e inspector del ejército, pasa revista a las damas de la Cruz Roja y entre ellas a un centenar de enfermeras[2].

El gran duque habla y dice:

Aquellas de estas señoras que prefieran cuidar a los oficiales, deben adelantar un paso.

Sesenta señoras dan un paso al frente. El duque replica:

“Como necesito mujeres muy abnegadas para nuestros heridos y la caridad no admite distinciones, nombraré a las cuarenta más modestas. Podéis volver a la fila”.

Hace ya unos años el curso tocaba a su fin; ¡qué largo se había hecho! Como todos por supuesto, usted entró en la cátedra de Agricultura con cara de juez; las palmadas del bedel llamando a exámenes herían nuestros oídos como trompetazos apocalípticos. El fin del mundo no causará susto alguno a quien sufrió exámenes y tuvo la desgracia de caer en las garras de ustedes los catedráticos.

Entramos en clase y luego de unas sentidas y elevadas palabras suyas, nos invitó a calificarnos nosotros mismos. San educación y buena manera de templar conciencias.

Los sobresalientes se irguieron los primeros, respirando con una satisfacción que compensaba los suspiros de todo un curso. Los notables, luego, se levantaron mirando con orgullo a los pobretes que quedábamos sentados en lugar de mirar con timidez a los que se enderezaron antes que ellos. (Esto recuerda a Benavente, que conste, no quiero vestir más plumas que las mías).

Luego invitó usted a los suspensos a que hicieran lo propio y así quedaban no más sentados los aprobados.

Yo sudaba con frío; como sudaré unas horas antes de morir. Las posaderas se pegaban al banco; el estómago ¡oh cerebro de Sancho! se agarraba a las posaderas no dejándome levantar, pero la cabeza sentía la quijotada de levantarse y me levanté, no recuerdo si con flaqueo o sin flaqueo de piernas.

Retrato de Ramón Acín. Foto Estudio Suñé, Barcelona, hacia 1916

[2] El Gran Duque Nicolás (1831-1891) era un Romanov, el tercer hijo del zar Nicolás I y hermano del futuro Alejandro II. Dedicado a la carrera militar, dirigió el ejército ruso del Danubio en calidad de mariscal de campo durante la guerra ruso-turca de 1877-1878.

CON CURSIVA DEL DIEZ

Recuerdos amables

A don Juan Pablo Soler, con mucho cariño.

Lea usted, maestro, estos renglones que van copiados de un periódico; luego de ellos vendrá el comento que tales líneas hácenme traer á colación. Es un recuerdo de uno de los Mayos que llevo enterrados; se trata de exámenes y usted carga con no escasa parte en el hecho que con toda prisa narraré para ahorro de cansancio en su lectura, aunque todo fatiga, pude haber ahorrado, pues nadie me obligó á meterme en escrituras, tanto menos con la agravante de las dedicatorias.

Así dice la noticia:

"El gran duque Nicolás, generalísimo ruso é inspector del ejército, pasa revista á las damas de la Cruz Roja y entre ellas á un centenar de enfermeras."

El gran duque habla y dice:

"Aquellas de éstas señoras que prefieran cuidar á los oficiales, deben adelantar un paso.

Sesenta señoras dan un paso al frente. El duque replica:

Como necesito mujeres muy abnegadas para nuestros heridos y la caridad no admite distinciones, nombraré á las cuarenta más modestas. Podéis volver á la fila."

Hace ya unos años, el curso tocaba á su fin; ¡qué largo se había hecho! como todos por supuesto, usted entró en la cátedra de Agricultura con cara de juez; las palmadas del bedel llamando á exámenes herían nuestros oídos como trompetazos apocalípticos. El fin del mundo no causara susto alguno á quien sufrió exámenes y tuvo la desgracia de caer en las garras de ustedes los catedráticos.

Entramos en clase y luego de unas sentidas y elevadas palabras suyas, nos invitó á calificarnos nosotros mismos. San educación y buena manera de templar conciencias.

Los sobresalientes se irguieron los primeros, respirando con una satisfacción que compensaba los suspiros de todo un curso. Los notables, luego, se levantaron mirando con orgullo á los pobretes que quedábamos sentados en lugar de mirar con timidez á los que se enderezaron antes que ellos. (Esto recuerda á Benavente, que conste, no quiero vestir más plumas que las mías.) Luego invitó usted á los suspensos á que hicieran lo propio y así quedaban no más sentados los aprobados.

Yo sudaba con frío; como sudaré unas horas antes de morir. Las posaderas se pegaban al banco; el estómago ¡oh cerebro de Sancho! se agarraba á las posaderas no dejándome levantar, pero la cabeza sentía la quijotada de levantarse y me levanté, no recuerdo si con flaqueo ó sin flaqueo de piernas.

Parece que le estoy escuchando:

Hombre, hombre, me dijo: Es usted muy cruel. No está usted para suspenso, de ningún modo. Verdad es, que tiene cuatro notas malas y bastantes faltas, pero también tiene cuatro notas buenas... Siéntese, siéntese tranquilo.

De quedarme sentado con los aprobados, punto menos que á las enfermeras del ejército del duque Nicolás me sucede, pues al seguro que estas ó parecidas palabras hubiesen sido las de mi maestro y amigo don Juan Pablo.

Hombre, hombre, es usted algo fresco. Bien podía usted levantarse. Verdad es que tiene cuatro notas buenas, pero tiene también cuatro malas y no pocas faltas por añadidura... Levántese, levántase el amigo.

Aquella lección hízome ver los buenos resultados de la modestia, aunque á decir verdad no creo en ella; para mí la modestia no pasa de ser una vanidad aristocrática...

Vea usted, maestro, cómo no olvido las clases de Agricultura y sus enseñanzas. No es para menos ello, pues cada mañana, su explicación era como una estrofa al poema del curso. Usted enseñaba deleitando; acontecía como en las Georgicas de Virgilio en las que se narran las duras faenas del campo y se dan consejos agrícolas, adobado todo con la música de divinos versos.

Ramón Acín.

Parece que le estoy escuchando:

Hombre, hombre, me dijo: *Es usted muy cruel. No está usted para suspender de ningún modo. Verdad es que tiene cuatro notas malas y bastantes faltas, pero también tiene cuatro notas buenas… siéntese, siéntese tranquilo.*

De quedarme sentado con los aprobados, punto menos que a las enfermeras del ejército del duque Nicolás me sucede, pues al seguro que esta o parecidas palabras hubiesen sido las de mi maestro y amigo Juan Pablo.

Hombre, hombre, es usted algo fresco: Bien podría usted levantarse: verdad es que tiene cuatro notas buenas, pero tiene también cuatro cosas malas y no pocas faltas por añadidura… Levántese el amigo.

Aquella lección hízome ver los buenos resultados de la modestia, aunque a decir verdad no creo en ella; para mí la modestia no pasa de ser una vanidad aristocrática…

Vea usted, maestro, cómo no olvido las clases de Agricultura y sus enseñanzas. No es para menos ello, pues cada mañana, su explicación era como una estrofa al poema del curso. Usted enseñaba deleitando; acontecía como en las Geórgicas de Virgilio en las que se narran las duras faenas del campo y se dan consejos agrícolas, adobado todo con la música de divinos versos.

Apunte de niña pintando. Ramón Acín, 1916